

Los peregrinajes patrióticos

En EE.UU. abundan y son populares los santuarios laicos a los que acuden los ciudadanos para evocar su historia

Carta cultural desde

EE.UU.

EUSEBIO VAL

Washington. Corresponsal

Estados Unidos, país profundamente religioso, carece sin embargo de un credo unificador y menos aún de un gran santuario que celebre la fe colectiva. La diversidad étnica y de creencias se compensa con multitud de santuarios laicos, templos de ciudadanía en los que los norteamericanos alimentan su mito nacional. Se trata de lugares de peregrinaje patriótico, a mitad de camino entre la didáctica histórica y la fiesta autoafirmativa. No importa si se recuerdan hazañas o tragedias. Predomina el orgullo sobre la autocrítica. Los estadounidenses sienten devoción por estas visitas. Hacen turismo y cumplen con un autoimpuesto deber cívico.

Los destinos son muy diversos y están repartidos por toda la geografía. Incluyen tanto el monte Rushmore, en Dakota del Sur, donde están esculpidos en la montaña los rostros de cuatro presidentes, como Kitty Hawk, en Carolina del Norte, donde los hermanos Wright hicieron volar el primer avión. Casi cada estado, incluso el más remoto, posee algún emotivo tesoro que compartir. Hawai tiene Pearl Harbor. Un parque nacional en Montana homenajea al general Custer y a los indios que lo derrotaron. En un campo de Pennsylvania se rinde tributo a los pasajeros del vuelo 93, el avión que los terroristas del 11-S pretendían estrellar contra la Casa Blanca.

El Mall de Washington es el parque temático por excelencia para sentir y reflexionar sobre la pertenencia al proyecto estadounidense. Ejerce de gigantesca plaza mayor de América, de monumento, escaparate y aula. Pasearse cualquier día por el Mall permite contemplar un paisaje humano muy representativo. Uno puede cruzarse con niños de una escuela de Ohio, jubilados de Texas, familias numerosas del Medio Oeste, fanáticos de las Harley Davidson, pacifistas neoyorquinos o inmigrantes indios de primera generación.

Lo más parecido a un santuario en la capital son los Archivos Nacionales. Los peregrin-



GREG WHITESELL / REUTERS

Homenaje a los caídos en Iraq, celebrado en el Mall de Washington en octubre del 2004

nos guardan una larga cola para ver las *Charters of Freedom* (cartas de la libertad), como se conocen los tres documentos fundacionales de la república: la Declaración de Independencia, la Constitución y la *Bill of Rights* (las primeras diez enmiendas constitucionales, que consagraron los derechos fundamentales). Después de acceder al edificio y de pasar los controles de seguridad, el público se alinea y va pasando lentamente, uno a uno, como si se tratara de venerar a una virgen,

delante de las urnas blindadas que contienen los documentos originales de finales del siglo XVIII. La tenue iluminación –para no dañar la tinta– contribuye a la atmósfera pseudoreligiosa de la sala. Un pequeño museo contiene otras piezas históricas, desde la carta manuscrita que el presidente Reagan dirigió a Gorbachov tras su primer encuentro en Ginebra hasta los apuntes que tomó el presidente Carter cuando negociaba con egipcios e israelíes el acuerdo de Camp Da-

vid. Las *Charters of Freedom* atraen a un millón de visitantes todos los años.

Sin salir del Mall, la oferta cultural y cívica es muy amplia. Además de los extraordinarios –y gratuitos– museos de la Smithsonian Institution, como la Galería Nacional de Arte o el Museo del Aire y del Espacio, tres de los padres de la patria cuentan con monumentos propios –el obelisco en honor de George Washington y los templos neoclásicos para honrar a Thomas Jefferson y Abraham Lincoln–. A Teddy Roosevelt se le homenajea en una isla en medio del río Potomac. La memoria de Franklyn Delano Roosevelt pervive en otro monumento muy espa-

En los Archivos Nacionales, el público contempla los documentos históricos como si venerara a una virgen

cioso al pie del lago donde florecen los cerezos. A Kennedy se le honra por partida doble: en el edificio que lleva su nombre y que alberga la ópera, el teatro y la sala de conciertos, y en el cementerio de Arlington, donde está enterrado. Arlington es, por supuesto, uno de los exponentes más emblemáticos del peregrinaje patriótico. Allí yacen unos 260.000 soldados o veteranos de todas las guerras, incluida la de Iraq.

Estados Unidos mantiene una peculiar relación emocional con sus propias guerras. En el Mall cuentan con monumento las de Vietnam, Corea y las dos contiendas mundiales. El primero sirve para expiar las culpas y digerir el dolor. El de la II Guerra Mundial es un fenomenal homenaje, aunque tardío, a la generación que derrotó al fascismo y al imperialismo japonés.

Pero lo que más llama la atención es el interés de los norteamericanos por su guerra de Secesión –ellos la llaman guerra civil–, el mimo con que cuidan los antiguos campos de batalla y el esfuerzo que realizan para ofrecer una explicación histórica equilibrada. Varios millones de personas visitan cada año Gettysburg, en Pennsylvania, y otros escenarios del cruel conflicto como Manassas (Virginia) o Antietam (Maryland). Más norteamericanos perdieron la vida en la guerra de Secesión que en cualquier otra campaña bélica posterior. No todos los países que han pasado por trances similares cultivan la misma memoria histórica. ●

Viene de la página anterior

reproducirlo miméticamente. Matizarlo, aclararlo, no implica tampoco cambiarlo o alterarlo de raíz: hay que enriquecerlo, pero trabajando sobre su misma base. Para mí lo primero es ser fiel a la historia. Pero, por otra parte, también es cierto que hay coreógrafos que parecen tener muy poca fe en la tradición.

–¿Cómo ve hoy la salud del ballet de repertorio en el mundo?

–Si se hace bien, en todas partes es reclamado por el público. Pero a los clásicos hay que cuidarlos mucho. Y lo digo porque para salir de gira, con la excusa de adaptarlos, hay compañías que han presentado arreglos que confunden un poco.

–Hace un año estrenó un ballet sobre el genoma humano, a partir de la composición *Verbum (genoma in musica)*, de Joan Guinjoan. ¿Lo llevará finalmente a Barcelona?

–Ojalá. La música de Guinjoan me encantó, y luego me entrevisté incluso con científicos cubanos para la preparación de ese ballet, que más moderno en el tema no puede ser, aunque siempre contado con nuestro estilo clásico. Creo que ya va siendo hora de que el Ballet Nacional de Cuba visite el nuevo Liceu. Tengo hermosísimos recuerdos. ●

Joan Grau, creador de Sèmola, muere tras un accidente de moto

BARCELONA.(Efe.) – Joan Grau, creador y director de la compañía teatral catalana Sèmola Teatre, murió ayer tras sufrir la noche anterior un accidente de motocicleta en la carretera de Taradell a Santa Eugènia de Berga. El funeral por Grau se celebrará hoy a las 11.30 horas en la parroquia de la Divina Pastora de Vic. Su muerte deja en el aire el futuro de Sèmola Teatre, según recono-

ció ayer su compañero en la compañía, Carles Pujols.

Cuando padeció el accidente, Joan Grau salía de uno de los últimos ensayos de *Enlloc com a casa (No a la guerra)*, que se debía estrenar este agosto en el marco del Festival Eclat de Aurillach. El espectáculo había sido creado y dirigido por Grau, con la dirección técnica de Fina Solà, creadora de la compañía

junto con Joan Grau y Carles Pujols. Se trata de un espectáculo de calle, de gran formato y de espectacular escenografía, como era característico de la compañía. “Espero que todo vuelva a la normalidad con más fuerza que antes, si esto es posible”, dijo Pujols, durante años alma, con Grau, de Sèmola Teatre.

Pujols echó ayer la vista atrás y recordó los inicios de Sèmola, cuando

“hacíamos el burro con mayúsculas en los mercados semanales de Vic, l'Esquirol, Torelló o Manlleu y nos lo pasábamos muy bien”. Sèmola se fundó en 1978 en Vic, con espectáculos circenses al aire libre. Luego la compañía dio un giro radical, asumió mayores retos, y en 1988 saltó a los grandes teatros con el montaje *In concert*, al que seguirían muchos otros. ●

El discreto inconformista

Cuando en 1988 la Fira de Teatre al Carrer de Tàrraga estrenaba *In concert*, todos los allí reunidos sabíamos que algo importante acababa de aparecer en el panorama teatral del país. Su máximo responsable era un hombre que no quería acabar la veintena sin dejar la huella que dejan los genios silenciosos, los creadores que eligen vivir en las antípodas del autobombo y las alharacas que con tanta frecuencia amenizan el mundo de la farándula. Joan Grau nos regalaba un espectáculo luminoso, rebosante de hallazgos sorprendentes que parecían surgir de unos sueños circenses que hubieran desterrado toda la inocencia y el candor del llamado mayor espectáculo del mundo.

A partir de entonces, todo sería igual y distinto. Igual en cuanto a exigencia, seriedad y ri-

gor, y distinto en tanto que la ambición creadora abomina de insistir en los propios aciertos. El nombre de Sèmola Teatre, la compañía fundada por Joan Grau, ha evocado siempre la certeza de la novedad, la promesa de un desafío. ¿Qué más nuevo –entre nosotros, al menos– que unos comensales cenando apacible, naturalmente, instalados en un muro vertical, como si la escena, con todos sus útiles gastronómicos, la viéramos a vista de pájaro? Se llamaba *Híbrido* aquel juego imposible, en el que había, no obstante, mucho más que el alarde de una *machine* teatral compleja e impecable: la soledad en compañía, el veneno de unas relaciones adulteradas y el palpito de una humanidad que prevalecía por encima de la pirueta y el malabarismo. Joan Grau, siempre discreto, siempre inconformista, sabía eludir la tenta-



Joan Grau

ción de la visualidad vacía de contenido. *Esperanto*, *¿Bailamos?*, *Cent vint-i-cinc...* dejaban el testimonio de un poeta del teatro, con un amplio reconocimiento internacional, empeñado en contar cosas de una bella manera. Ahora mismo ultimaba con su grupo *Enlloc com a casa* –movimiento físico musicado– y en casa, en su casa, ha hallado la muerte, brutalmente prematura.

Pasado mañana, junto al dolor, Sèmola Teatre se planteará la disyuntiva de su desaparición, comprensible, o de una continuidad difícil con la que homenajear a un creador que, sin apenas ruido, nos regaló una muy exquisita cosecha de nueces.

JOAN-ANTON BENACH